

Un Quijote junto a la vía

Antonio Pereira (1923) nació en Villafranca del Bierzo, León. La mayor parte de sus libros de poesía se hallan recogidos en *Contar y seguir* (1962- 1972) y *Antología de la seda y el hierro* (1986). Como novelas destacan *Un sitio para Soledad* y *País de los Losadas*. En narrativa breve, *Me gusta contar* (1999) ofrece una amplia selección personal de los relatos de Pereira, al igual que *Cuentos de la Cábila* (2000). Este maestro del relato breve ha recibido numerosos premios a lo largo de su carrera como narrador, entre los que cabe destacar el Fastenrath y el Premio Castilla y León de las Letras.

Los tipógrafos, si nos ponemos a generalizar, no son como los confiteros. Éstos, al empezar el aprendizaje, suelen comerse un día todos los pasteles del obrador -jaleados aposta por el maestro-, y definitivamente los aborrecen. Los de las Artes Gráficas, en cambio, no es raro que adquieran, y para siempre, una afición desmedida a verse a sí mismos en letra dé molde. A tal clase perteneció Laureano García Montón.

Fue una vez por Semana Santa cuando compuso cinco folios sobre «Jesucristo y el obrero consciente» y los mandó al periódico. Salieron en el extraordinario, que diríase el mismo de un año para otro, con el dramatismo de la tinta morada, el artículo del Magistral y las colaboraciones no solicitadas ni pagadas. El advenimiento de García Montón como articulista tuvo efecto al ancho de dos columnas, y el director dispuso, a saber por qué, que a manera de antetítulo constara aquello de «Noveles». El autor vio su artículo muy mermado, seguramente «por necesidades de ajuste». El autor encontró bastante corregido su discurso, que se sabía de memoria. El autor hubiera querido que su trabajo saliera sangrado, o mejor aún con orla, como salían los sonetos de don Ginés -don Epinicio por mal nombre-, que no en balde es el poeta oficial, además de Jefe de Telégrafos. De todos modos, el autor se conformó. Tuvo un día feliz. Se echó temprano a la calle en la mañana del Jueves Santo, sólo por ver el periódico en las manos de la gente. Le parecía que todo en la ciudad cantaba su nombre:

Laureano García Montón, Laureano García Montón, Laureano García Montón,
Laureano...

Al día siguiente, sin más espera, Laureano puso mano sobre las cuartillas y él mismo se asombró de la facilidad con que las ideas acudían a su pluma. No uno sino dos artículos confió al correo bajo sobre abierto, con franqueo de pocos céntimos como original de imprenta. El martes madrugó más que de costumbre. Compré el diario y lo hojeé de prisa, impaciente por ver qué espacio le habían destinado; cuál tipo

de letra, acaso el ocho y en negrita. ¡Nada! Todo el periódico le pareció vacío. Lo mismo sucedió el miércoles y el jueves, y toda la semana, y las semanas siguientes. Al fin encontró un recurso que le valió algunas otras salidas: el de las efemérides. El director tenía mala memoria y varios años seguidos le admitió lo de la batalla de Lepanto.

Lo malo vino cuando el periódico cambió de manos. Se acabó. Laureano encontró consuelo en el «mal de muchos... », pues no volvieron a verse los sonetos de don Ginés, ni los artículos del Magistral. Las colaboraciones venían todas de Madrid, por eso de la Cadena. Laureano, para no asfixiarse, se asomaba de cuando en cuando a la ventana precaria del «Buzón de los Lectores». Le cogió cariño. Una vez era pidiendo una manga riega para el barrio o denunciando la falta de bombillas; otra, la inmoralidad de las parejas en el parque... Un día llegó hasta inventar que le había mordido un perro. La firma de Laureano García Montón era como un dedo cívicamente tieso que no dejaba de señalar hacia «quien corresponda».

Aquella noche había salido Laureano del taller después de una entrega larga y generosa. Eran horas extraordinarias que no podría cobrar. El patrón le autorizaba a componerse fuera de jornada una obrita propia, que Laureano pensaba ver en los escaparates de las librerías amigas: No más que un cuaderno, modesto en el tamaño, pero grande y profundo en la intención: «Filosofías de un pensador». Laureano le había dado muchas vueltas a lo del colofón: «Terminó de imprimirse esta obra el 23 de abril de mil novecientos tantos, aniversario de la muerte de don Miguel de Cervantes... ». Ya mismo le parecía verlo sobre la página final, compuesta en el más puro tipo elzeviriano.

Detrás de los gruesos lentes le dolían los ojos, lastimados por el esfuerzo sobre la platina. Apenas se encontraba alma viviente. El camino que lleva a las Eras de Don Quintín se le hacía al hombre como una larga y brilladora culebra bajo la helada. Ya no estaba lejos el barrio, apretada colmena nacida en un costado de la ciudad como aliviadero vergonzante de sus calles céntricas y vivideras. El impresor sentía la vecindad del nido. A trechos se palpaba con amor, en el bolsillo hondo de la chaqueta, el libro circulante que le acababan de prestar.

Fue en esto cuando se oyó un grito a través de lo oscuro. El hombre paró en seco. Había sido como el espanto de un animal joven y acorralado. A la primera queja sucedieron otras, más desvalidas aún, más apremiantes. Aguzó el oído. Ya no había duda: era hacia el paso a nivel. Se salió del camino y fueron hacia allí sus pasos vivaces, atajando. Supo entonces que la voz era de mujer, y la oía cercada de otras voces, duras y vinosas. Laureano llegó y trató de romper la rueda de los sátiros.

-Dejadla en paz, amigos. ¡Que vuele como un pájaro! ¿Acaso hay cosa más bella

que la libertad?

No le escuchaban. Ceñía el corro su pasión de sábado alrededor de la víctima, y las dos manos de cada rufián se tendían, lúbricas, hacia el centro de la conjuración infame.

-¡Por María Santísima, amigos! -Se endureció:

-¡Por el progreso, por la libertad...!

Y golpeaba con sus puños sobre las espaldas sudorosas. Hasta que le oyeron.

Uno, uno cualquiera, se volvió en redondo con el puño alzado y como un rayo lo dejó caer sobre el rostro del atrevido. Laureano se sintió tambalear bajo la ofensa. Vinieron sobre él los otros puños, cada vez más apretados de odio y violencia. Lo último que vio, antes de perder los cristales amigos, fue la mujer que huía, liberada. Entonces le doblaron a Laureano el castigo, hasta que fue dejando de sentir, como si en vez de pegarle lo acunaran.

Tuvo un despertar confuso, tendido boca abajo contra el balasto, sabiéndole la lengua a una amarga mezcla de carbonilla y sangre. No podía moverse más que con el pensamiento. En el pensamiento, alumbrado por mil luces parpadeantes, le bailaba su próxima «Carta al Director»:

«La libertad... el hombre... y en negrita del diez... asesinos... los lentes... los lentes son sagrados en las leyes de América... nuestro asiduo colaborador... »,

Fue lo último que pasó por su cabeza. O lo penúltimo:

Pues aún juntó su entendimiento y convocó a toda su voluntad para volverse hacia lo alto. Lo hizo con trabajo, y se alegró de estar cara a las estrellas. Entonces, alguien, desde arriba, dispuso piadosamente que Laureano García Montón dejara de sentir. Piadosamente. Antes de que pasara el rápido de Asturias. Vino el Juez y mandó que lo levantaran. Se apañaron algunas pequeñeces: un pañuelo de hierbas, la petaca... Nadie reparó en un libro deshecho sobre el arcén, con sus hojas desorientadas y llovidas. Tendrá que procurarse otro Quijote, la biblioteca de los Amigos del País.

Antonio Pereira